1381

Brujerias.

21

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

BRUJERÍAS

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CALIXTO NAVARRO



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1890

BRUJERIAS

BRUJERÍAS

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CALIXTO NAVARRO

Estrenado con gran aplauso en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 26 de Abril de 1890



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CELESTINA	Sra. D.ª Enriqueta Toda.
BASILISA	Srta. D.ª Irene Alba.
LA SEÑÁ PEPA	Sra. D.ª Josefa Luján.
INOCENCIA	Srta. D.ª Encarnación Valls.
DON TRIFINO	Sr. D. José Mesejo.
BIENVENIDO	» Emilio Mesejo.
MENDEZ	» José Ferrándiz.

La acción en Madrid y en nuestros días

Izquierda y derecha las del actor

ACTO ÚNICO

La escena está dividida, figurando la parte derecha del actor el pasillo de unas buhardillas con puertas numeradas; la del frontón pegada á las cajas de la derecha, señalada con el aúmero 3. La del tabique divisorio con el 2, y la que habrá en el fondo ó foro del pasillo, con el 1: las tres puertas serán practicables. La parte del lado izquierdo figura el interior de una buhardilla: al foro ventana con vidrieras abiertas, y puerta lateral izquierda que comunica con el interior de la habitación: al foro y debajo de la ventana habrá una mesa cubierta con tapete corto, y sobre ella un buho y una lechuza disecados, y varias barajas españolas. En la pared divisoria, y por la parte interior, entre la puerta de entrada y el filo del tabique, un espejo que coincida con la puerta lateral ya indicada, de modo que una persona colocada en el quicio de la misma pueda reflejarse en la luna del expresado mueble.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CELESTINA y DON TRIFINO sentados en la habitación de la izquierda

TRIF. — Eso de meterse uno en las vidas ajenas, francamente, doña Celestina...

CEL. — Y dígame usted, amigo don Trifino, ¿usted qué va perdiendo en ello?

TRIF. — El tiempo, ó poco menos, porque en tanto que mi dignidad se resiente, el bolsillo no prospera.

CEL. — El echar las cartas produce ya muy poco, y

fuera de algún incauto que otro, el negocio está muerto. Ya sabe usted la tarifa; cada sesión una peseta, y eso da muy poco de sí.

TRIF. Pues crea usted que ya es trabajo el mío. (Saca un papel y lee.) Averiguar si don Pascual lleva dientes postizos: si la boticaria del Postigo se tiñe el pelo; qué come el presbítero de las monjas: dónde se ha mudado la peinadora de doña Virtudes... de qué vive don Lesmes Plazaola, y á dónde va de visita su esposa. ¡Ni un agente de la secreta!!

CEL. También tiene usted la comisión y venta del *Elíxir del amor* para rendir corazones.

TRIF. Pero el único que se rinde soy yo, yendo de la Ceca á la Meca.

CEL. ¿Ha sabido usted ya lo de los diamantes de esa doña Rosario?

TRIF. Sí, señora.

CEL. ¿Proceden del otro mundo?

TRIF. Del mundo del otro que vivía antes con ella.

CEL. ¿Y qué compras son esas que hacen las de Vicente? Afirman que son escandalosas.

TRIF. ¿Ellas?

CEL. No; ¡las compras!

TRIF. Por lo menos les cuestan muchos escándalos de los comerciantes.

CEL. ¿Y aquel Regulez?

TRIF. ¿Aquel que se decía gran cruz, exgobernador y candidato por Orense?

CEL. El mismo: ¿sabe usted ya lo que es?

TRIF. Sí, señora; es... un grandísimo embustero.

CEL. ¿No era caballero de Santiago?

TRIF. ¡Sí!!... de Santiago de Galicia.

CEL. Pues se decía que era un gran empeño.

TRIF. ¿El suyo?... Ya lo creo. Como que ha resultado el primer accionista del Monte de Piedad.

CEL. ¡Qué de chascos se lleva una!

TRIF. Ea, ya es tarde y tengo que empezar de nuevo la caminata. Ahí tiene usted la nota de ayer con lo que he podido averiguar, que no ha sido mucho. Ahora voy á ver si logro completar algunos datos hasta la hora de almorzar.

CEL. Debo advertirle que la portera ya sospecha algo de nuestras... inteligencias.

TRIF. A esa señá Pepa le voy yo á dar el día menos pensado un susto.

CEL. Lo mejor es que no se aperciba de nuestras entrevistas.

TRIF. Ya procuro antes de entrar informarme de si anda ella por las vueltas.

CEL. Pues vaya usted con Dios, don Trifino.

TRIF. ¿Puede usted darme para tabaco?

CEL. ¡Fuma usted mucho! (Le da dinero.)

TRIF. Y malo, que es lo peor. ¡Vaya, hasta mañana! (Saliendo al pasillo.) ¡Una peseta!!... Ay, como yo pueda... (Vase á su habitación, que es la señalada con el número 1.)

CEL. Es un poco gruñón, pero activo y con un gran olfato.

TRIF. (Ya sube la portera... Digo, ¡si me descuido!) (Entra en su cuarto.)

ESCENA II

DOÑA CELESTINA, en su habitación, arregla varios atributos de su profesion: luego la SEÑA PEPA, en el descansillo de la escalera, con unos zorros al hombro y una escoba en la mano. Después don Trifino, que sale de su habitación

CEL. Eso es: la lechuza á la derecha; el buho á la izquierda, y en el centro las barajas. Ya no tardárá en venir alguno de mis clientes, y es preciso estar prevenida. ¡Ah! falta la lámpara de espíritu de vino: voy por ella, que pudiera hacerme falta. (Entra por la puerta lateral izquierda.)

PEPA Pero, señor, ¿cómo se pondrá tan sucia la escalera? Y no hay que decir que es desidia, porque tóos los miércoles la barro del prencipal pá arriba; pero, que si quieres; antes del lunes ya está hecha una pocilga, mal comparáa. (Se pone á barrer.) Yo no sé pá qué se mata una...

TRIF. (Con sombrero de copa y bastón.) ¡Ea, vamos!... ¡Mil bombas! ¿Hay fuego?

PEPA Yo no he oío tocar.

TRIF. ¡Toma! ¡si es polvo!... ¡Vaya unas horas de hacer la limpieza!!

PEPA ¿Querrá usté que me levante al amanecer?

TRIF. No haría usted nada de más: á esa hora barren los de la villa.

PEPA Pero como yo soy de ciudá...

TRIF. Pues el día que arme usted otra polvareda á la puerta de mi cuarto...

PEPA ¿Qué?

TRIF. Va usted á su chiribitil sin tocar en los escalones.

PEPA Ni que fuera yo paga é retirao que se va del bolsillo sin pasar por el cuarto del casero.

TRIF. Oiga usted, seña Pepa; yo hago de mi paga lo que quiero, y si debo ó no al casero no es cuenta de usted.

PEPA ¿Cómo ha de ser mía, si es suya?

TRIF. Usted se mete en sus haciendas.

PEPA Y usté en las ajenas; verbo y gracia.

TRIF. ¡Seña Pepa!!!... (Levantando el bastón.)

PEPA ¡Qué!!!... ¡No m'asustan los gritos! ¿O s'ha pensáo usté que porque escalabró al bailarín del tercero, y corrió al prestamista del interior, se me iban á mí á acabar los resuellos? ¡Vaya, con el retiráo!!

TRIF. ¡Si no fuera usted una mujer, y una mujer anciana!...

PEPA ¡Adiós, pollo! y ese gabán lo ha heredáo de Mendizábal.

TRIF. Me voy por no hacer un disparate. (Vase.)

PEPA ¡Y que con salú lo gaste usté, don Trifino!... ¡Miste que llamarse eso Tri-fino! Tri-ordinario y muy ordinario.

TRIF. (Dentro.) ¡Si subo!!

PEPA ¡Ay, si sube!... ¡Que no suba!! ¡Soldadote!!... ¡Tramposo!!!

(Celestina sale, trayendo una lámpara, que deja encima de la mesa, y abriendo la puerta de su habitación se asoma al descansillo.)

CEL. ¡Portera!!... ¿Pero qué escándalo es este?

PEPA Miste, doña Celestina, que si una no fuá callá y prudente... ¡Ranchero!!!

CEL. ¡Qué modo de gritar!

PEPA — Cuando no hay crianza, ¿sabusté? pasan estas cosas. Y si ese señor del sable perpétuo...

CEL. — ¿Don Trifino?

PEPA — ¡Don Demonios! No hay quien le aguante; con una fantesía y un... Miste... ¡porque sirvió en el Centro! Vaya un melitar, que confiesa que ha estáo en el Centro. Alante, alante es aonde yo quió ver á los valientes; y si no, mi difunto, que en gloria esté, que era corneta y siempre iba de los primeritos.

CEL. — Bien; pero al caso.

PEPA — Pues el caso es que esa d'ahí enfrente, con su aire de señorita pulida... ¡ya, ya!!

CEL. — ¿Inocencia?

PÉPA — ¡Fíese usté en las feses de bautismo!! ¡Inocencia! pregúntele usté al hijo del casero, que no deja la ida por la venida.

CEL. — ¿Y ella?...

PEPA — ¡Le da calor! ¡vaya si se lo da!!

CEL. — ¡Cosas de chicos!

PEPA — No diría yo que no; pero el día menos pensáo se lo digo al amo, porque al fin una come su pan, y aunque con su pan se lo coman ellos... La verdá es que el señorito Bienvenido es una criatura, vamos al icir, y como ella plancha pá fuera...

CEL. — Después de todo, si se quieren...

PEPA — Es que á la niña paice que le gustan los ambos.

CEL. — ¡Hola!

PEPA — El sereno me ha contáo en secreto que hace dos noches la acompaña hasta la puerta un señor con patillas.

CEL. — Pero quedándose á la puerta...

PEPA — ¡El subirá!!... Han subío otros...

CEL. — Dios nos libre de un mal pensamiento. (Se persigna.)

PEPA — Y de malas aciones. (Hace la cruz en el pecho.) Con que á cruz salimos, doña Celestina; y no estaría de más otra en los labios, porque si oyera usté á la niña...

CEL. — Yo la tengo por muy formal.

PEPA — Pues ayer decía, y no me gustan los chismes, que eso de echar las cartas son bruje-

rias de gentes de mal vivir, y el zapatero d'ahí enfrente le daba alas, porque como usté la echó las cartas á su parienta, cree él que lo de la rubia del 21 duplicado llegó á saberse por mor de sus cosas de usté; y si yo estuviá en su pellejo, lo mesmo á la planchadora que al remendón, ya les diría yo cuántas eran cinco.

CEL. No les guardo rencor. Cada uno en su casa...

PEPA Y don Trifino en la de tóos.

CEL. ¡Qué ojeriza le tiene usted!

PEPA Por lo del Centro, doña Celestina; y que dé gracias á que callo, porque si llegara á hablar...

CEL. Vaya, señá Pepa, tengo que hacer; hasta otro rato. (Cierra la puerta de su habitación.)

PEPA ¡Vaya usté con Dios!... Otra que tal baila. Mujer más entrometía y más amiga de saber... pero á buena parte viene... ¡Ay, si el propetario me hiciá á mí caso... yo les aseguro!...

ESCENA III

LA SEÑÁ PEPA y BIENVENIDO

BIENV. ¡Chist!... ¡Pepa!

PEPA ¡Señorito!

BIENV. ¿Está?

PEPA ¿Quién?

BIENV. La planchadora.

PEPA Creo que sí. (De mal humor)

BIENV. Entonces... (Se dirige á la primera puerta derecha.)

PEPA ¿Aonde va usté?

BIENV. A preguntarle... la hora que es.

PEPA ¡Ay, señorito, y qué mal fin van á tener estas cosas!

BIENV. Pues si en casa me aburro. Antes, como la cocinera no tenía novio, jugaba con ella á la brisca...

PEPA ¡Así se quemaba á lo mejor el prencipio!

BIENV. Pero ahora, como dice que va á casarse, ya no quiere jugar conmigo.

PEPA — Pero, no ve usted que si papá sube á cuidar de las palomas y le ve por estas alturas...

BIENV. — Por eso voy á encastillarme.

PEPA — ¡Venga usted acá, demonio! ¿Usted sabe quién es esa muchacha?

BIENV. — ¡Ya lo creo! Se llama Inocencia, nació en Burgos, es huérfana y rubia, y plancha con brillo.

PEPA — ¿Y usted sabe que por la noche la acompaña un señor con patillas?

BIENV. — Sí; su tío. Me lo cuenta todo mientras hacemos almidón ó jugamos al tute.

PEPA — ¿Su tío? ¿Qué tío es ese?

BIENV. — Un juez de muy mal genio que la tiene esclavizada. En fin... ¡le ha negado unas botas de tafilete!...

PEPA — ¿Y usted quiere llevarle al tío la contraria?

BIENV. — Aún no, me faltan seis pesetas; pero en cuanto papá se descuide, se ha de salir la pobre con la suya.

PEPA — ¡Ay, Dios mío de mi alma... la que se va á armar el mejor día!

BIENV. — ¡Cá!

PEPA — Estos juegos me gustan menos que los de la cocinera.

BIENV. — A pellizco la partida. ¡Jé, jé!... Y yo le hago trampas.

PEPA — ¡Señorito!... ¡Señorito!...

BIENV. — Vaya... adiós, y el piquito, ¿eh? (Da dos golpes con los nudillos en la primera puerta derecha. Se abre, y Bienvenido entra en la habitación.)

PEPA — ¡En mis tiempos!... ¡Ah!... ¡En mis tiempos... (Suspirando.) no había botas de tafilete!

ESCENA IV

SEÑÁ PEPA y MÉNDEZ, gastará patillas, y trae envueltas en un papel un par de botas de tafilete

MEN. — Piso cuarto... ¡Aquí es!

PEPA — (¡Calle!... ¡Un señor con patillas! ¿Si será el tío?)

MEN. — (¡La portera!... No quisiera preguntar.)

PEPA (Pues yo he de saber...) ¡Caballero!...
MEN. (Haciéndose el sorprendido.) ¡Ah!... No sé si vendré equivocado... Yo buscaba á una señora...
PEPA ¿Casada?
MEN. ¡No!... Es decir... ella es planchadora.
PEPA ¡Ya!
MEN. La acompañé la otra noche, y aunque sé que es piso cuarto, con tantas puertas...
PEPA (¡El es!)
MEN. No recuerdo si me dijo...
PEPA (¡Y el niño que está ahí dentro!...) ¿Ella es rubia?
MEN. Sí.
PEPA ¿Alta ella?
MEN. Sí.
PEPA ¿Airosa?
MEN. Sí.
PEPA ¿Y se llama?
MEN. Inocencia.
PEPA ¡Justo!... Ahí vive. (Señalando el cuarto de doña Celestina.)
MEN. ¡Gracias! (Se dirige á la puerta y llama.)
PEPA Allá se las hayan, pero yo, por si acaso... (Golpeando en la primera puerta derecha, tratando de bajar la voz.) ¡Señorito!... ¡Señorito!... ¡El juez!
MEN. (Volviéndose.) ¿Cómo?
PEPA No, no era con usted. (¡Debe haberme oído! Yo á mi portería, y he hecho demás.) (Vase.)

ESCENA V

MÉNDEZ y DOÑA CELESTINA

CEL. (Saliendo.) Juraría que han llamado. ¿Quién?
MEN. Servidor.
CEL. (Mirando por el ventanillo.) ¡Un cliente! (Abriendo la puerta.) ¿Qué deseaba usted?
MEN. (¡No es ella!...) Pues, yo venía...
CEL. Pase usted. (Franqueándole la puerta.)
MEN. (¿Será su madre?)
CEL. Tome usted asiento. (Le ofrece una silla.)
MEN. (Ella no me dijo...) Tantísimas... (Se sienta.)
CEL. Usted dirá...

MEN. Es el caso... que, la verdad... estoy perplejo. Sin duda la falta de costumbre...

CEL. La primera vez siempre pasa lo mismo, pero después...

MEN. Hasta adquirir confianza.

CEL. Lo principal es que tenga usted fe.

MEN. Una fe ciega: eso sí, señora; pero temo que mi manera de presentarme...

CEL. Yo sé distinguir de personas.

MEN. Yo lo que quiero es franqueza, ¿sabe usted? La franqueza allana muchas dificultades.

CEL. Mi costumbre es decir la verdad, aunque duela.

MEN. (¿Si no estará en casa?)

CEL. ¿Trae usted decisión hecha?

MEN. Sí, señora...

CEL. ¿Cuánto piensa usted gastar?

MEN. Señora, yo... (¡Vaya una pregunta!)

CEL. Es que yo opino que las cosas, ó hacerlas bien, ó no hacerlas.

MEN. Aseguro á usted que mis intenciones...

CEL. No es que yo dude, pero necesito antecedentes.

MEN. (¡Qué abierta de genio es esta mujer!)

CEL. ¿Su nombre de usted?

MEN. Agustín Méndez.

CEL. ¿Profesión?

MEN. Empleado.

CEL. ¿Estado?

MEN. No: Fomento.

CEL. Estado social.

MEN. ¡Ah!...

CEL. ¿Es usted soltero?

MEN. En el negociado segundo.

CEL. No trate usted de ocultarme la verdad, porque yo la he de saber.

MEN. Pues bien, señora, arrójeme usted de esta casa, lléneme de improperios; pero las pasiones cuando se arraigan...

CEL. En definitiva, que es usted casado.

MEN. Sí, señora; pero si usted se digna escucharme, disculpará seguramente mi extravío; y fijándose en los atractivos de ese angel de Dios...

CEL. No se ponga usted así: después de todo, á mí me es lo mismo.

MEN. ¿No encuentra usted censurable...?

CEL. Estoy acostumbrada.

MEN. (¡Qué atrocidad!)

CEL. Eso, su esposa de usted será la que...

MEN. Ella no sabe nada. Me cree en el Jarama, de pesca.

CEL. (¡Este va á pagar por cuatro!)

MEN. Oiga usted la historia de mis amores.

CEL. Vamos á ver.

MEN. Hace de esto tres noches. Yo iba por la calle de la Montera cuando la ví. ¡Qué andar tan menudo! Me acerqué y la dije... No recuerdo bien.

CEL. Alguna tontería.

MEN. Sí, señora; de eso sí me acuerdo. Ella cruzó á la otra acera...

CEL. Es la costumbre.

MEN. Yo me acerqué de nuevo....

CEL. ¿Y ella vuelta á separarse?

MEN. Por fin, yo creo que más por complacencia, que debido á mis méritos...

CEL. ¿Rompió á hablar?

MEN. Una sonrisa entreabrió sus labios, en signo de capitulación.

CEL. Así empiezan todas.

MEN. ¿Las capitulaciones?

CEL. Las infidelidades. Siga usted la historia de su conquista.

MEN. La del Perú no me hubiera satisfecho más.

CEL. ¿Es decir que ella le dió á usted esperanzas?

MEN. Esperanzas precisamente... Me habló de unas botas de tafilete... (Desenvolviendo el papel.)

CEL. ¿Que usted ha comprado?

MEN. A condición de que las cambien, si no la estuvieran bien.

CEL. ¡Es usted previsor!

MEN. El amor aguza los sentidos.

CEL. De manera que lo que usted quiere que yo le diga, ¿es?...

MEN. Si son bien acogidas mis pretensiones.

CEL. Pues verá usted cómo en un momento... (Se levanta.)

MEN. (¡Va á llamarla!) (Se levanta también.)

CEL. No se moleste usted, la traeré aquí. (Va á buscar la mesa y la coloca delante de Méndez, que la mira con asombro.)

MEN. ¿Qué irá á hacer?

CEL. (Sentándose.) ¡Ajajá! Corte usted. (Presentándole la baraja.)

MEN. ¿Que corte?

CEL. Ya la tengo barajada.

MEN. ¿Pero es que vamos á jugar?

CEL. No, señor; primero se hacen cuatro montones.

MEN. ¿Cuatro montones de qué?

CEL. De naipes.

MEN. ¿De naipes? (Sin comprender.)

CEL. Y en seguida viene, *lo que espera, lo que no espera; su bien, su mal, y en lo que ha de venir á parar*.

MEN. ¿Quién?

CEL. ¡Usted, hombre!... ¡Parece usted tonto!

MEN. Y lo seré, si usted se empeña. Pero eso de jugar la decisión de una muchacha al as de oros, como quien juega dos pesetas...

CEL. ¿Y qué otro medio tenemos?

MEN. ¡Llámela usted!

CEL. ¿Con sortilegios?

MEN. ¡Con la boca! Así: ¡Inocencia! ¡Inocencia!!

CEL. Pero, ¿á quién llama usted, hombre de Dios?

MEN. ¡A la planchadora! ¡á su hija de usted!!

CEL. ¡Caballero, soy soltera!

MEN. O sobrina, ó lo que sea, y á ver si nos entendemos de una vez.

CEL. ¿Usted no ha venido á que le echara las cartas?

MEN. ¡Ah!... ¿Luego usted?... ¡Pero si la portera me dijo que vivía aquí!!

CEL. En el cuarto de ahí enfrente; y esas patillas me dan la clave de todo.

MEN. ¿Mis patillas?

CEL. Son cosas del sereno y de la portera.

MEN. Hasta este momento he creído siempre que eran mías.

CEL. Dispense usted si por una equivocación me he enterado de cosas que...

MEN. Muy naturales, después de todo. (Cogiendo el sombrero y olvidando las botas,)

CEL. ¡Demasiado naturales!

MEN. Señora... ¡he tenido tanto gusto!...

CEL. ¡Beso á usted su mano! (Cierra la puerta.) ¡Já, já! ¡Vaya un lance divertido!

MEN. ¡Valiente plancha me he tirado!

BAS. (Dentro.) Piso cuarto de la izquierda, ¿eh?

PEPA (Dentro) Sí, señora.

MEN. ¡Eh!... Me ha parecido... ¡Sí!... ¡Es Basilisa! ¡mi mujer!! ¡Caracoles!!! (Llama en el cuarto de Celestina.) ¡Señora!... ¡Señora!!

CEL. (Abriendo.) ¿Otra vez?... Le he dicho á usted que es ahí enfrente.

MEN. (Entra y cierra.) ¡Cá!... ¡Mi mujer!!.. ¡Basilisa que sube!!

CEL. ¿Y bien?

MEN. ¡Señora, por las once mil vírgenes! ¡Es preciso que no me vea!

CEL. Caballero... ¡yo!...

MEN. Tome usted. (Le da dinero.) Antes olvidé abonar á usted sus honorarios.

CEL. Era lo mismo. (Guardando el dinero.)

ESCENA VI

DICHOS, y BASILISA

BAS. ¡Ay, creí que no llegaba nunca! (Fatigada.)

MEN. (Mirando por el ventanillo.) ¡Es ella!... ¡Vaya si es ella!!

BAS. ¿De la izquierda, me ha dicho la portera?... ¡Allí!

MEN. ¡Y se dirige aquí!!

BAS. Tengo así... como miedo... Venir á esta casa sin consultarlo con mi marido...

MEN. ¿Quién ha podido informarla?...

BAS. Ea, llamemos. (Llama.)

MEN. ¿Dónde me escondo?

CEL. ¡En ese cuarto! (Por la puerta de la izquierda.)

MEN. ¿Tiene salida?

CEL. Sí, ¡una ventana al tejado!

BAS. ¿Si no estará en casa? (Llama de nuevo.)

CEL. Procuraré despedirla pronto.

MEN. Pero ni una palabra, ¿eh? (Entra en el cuarto y cierra la puerta.)

CEL. ¿Quién? (Mirando por el ventanillo.) ¡Ah! ¡una señora! (Abre la puerta.)

ESCENA VII

BASILISA y DOÑA CELESTINA: MENDEZ oculto

BAS. ¿Doña Celestina Descarte?

CEL. Servidora de usted.

BAS. Aquí me envía mi amiga doña Prudencia Negada, que, como verá por esta tarjeta...

CEL. Pase usted, señora. (Lee la tarjeta.)

BAS. Yo creí que esto sería una caverna encantada, pero el aspecto me tranquiliza.

CEL. Esta señora me indica que usted necesita de mi inutilidad. (Cierra la puerta de la habitación.)

BAS. Muchos son los elogios que de su ciencia de usted me tiene hechos, pero yo... francamente, soy algo incrédula.

CEL. Así los quiero yo... Tome usted asiento. (Le ofrece una silla de espaldas al cuarto en que está oculto Mendez, y frente al espejo.)

BAS. Sí, la necesito, porque subo cansada. (Sentándose.) ¡Calle! ¿este será el célebre espejo mágico de que tanto me tiene hablado mi amiga Prudencia?

CEL. ¡Sí, señora! (Algo picada de la sorna.)

BAS. ¿En él se escriben con caractéres de fuego los fallos del porvenir, y hasta se dibujan los semblantes de las personas queridas?

CEL. Eso acontece raras veces, porque son pocos los clientes que pueden sufragar los gastos.

BAS Yo, por mi parte, no trato de poner á usted en esos apuros.

CEL Si usted tiene empeño...

BAS. Me conformo con la experiencia de las cartas.

CEL. Voy á borrar en usted todo motivo de duda. Corte usted con la mano izquierda. (Presentándole la baraja.)

BAS. ¡Jesús, qué miedo!... ¡Ya está! (Doña Celestina

hace varios montones y figura consultar los naipes.)

CEL. Cuando menes lo espere: en día de fiesta ó víspera...

BAS. ¿Qué?

CEL. En tierra extraña: por un convite, ó á la hora de comer. (Sin hacerle caso.)

BAS. ¡Menos mal!

CEL. Una noticia por papeles... Va usted á tener un regalo.

BAS. ¡Vénganos el tu reino!

CEL. Con firmeza. ¡Lo afirma la espada!... En un pronto... ó por la noche.

BAS. Sí: ó al medio día.

CEL. Una alegría: con buena estrella... Mire usted, mire usted... Un camino corto... Con los cinco sentidos.

BAS. Así deben hacerse las cosas.

CEL. Un disgusto...: Una mala lengua ..

BAS. Hay muchas.

CEL. Por esquinas: una mujer de buen color, con este hombre rubio, militar ó de justicia. (Recoge las cartas)

BAS. Bueno: ¿y qué?

BAS. ¿Cómo y qué?... Pues, más claro...

BAS. ¿Todo eso será lo mismo que diga usted á cuantos le pregunten?

CEL. Eso es decirme...

BAS. Que yo no me conformo así como así, y es preciso decirme algo concreto.

CEL. Indíqueme usted su deseo.

BAS. Sepamos, por ejemplo... cómo me llamo; mi estado... En fin, cosas que me conciernan directamente y por las cuales yo pueda apreciar...

CEL. Nada más fácil. (Extiende las cartas.) Usted se llama... Basilisa.

BAS Es cierto; pero acaso mi amiga en la tarjeta...

CEL. Es usted casada.

BAS. ¡Sí!... lo soy. (Sin darle importancia)

CEL. Su marido de usted tiene por nombre...

BAS. Vamos á ver.

CEL. Agustín.

BAS. ¡Ya eso es algo! (Fijándose un poco.)

CEL. Agustín Mendez.
BAS. Exactamente.
CEL. Está empleado en Fomento.
BAS. Es mucha verdad.
CEL. En el segundo negociado.
BAS. ¿Y qué hace en este momento? (¡Aquí la cojo!)
CEL. En este momento... está...
BAS. ¿Despachando algún expediente?
CEL. No, señora... ¡Pescando!
BAS. ¿Eh? (Se levanta.)
CEL. ¡En el río Jarama!
BAS. ¿Pero eso que usted dice?... (Ya temblorosa.)
CEL. ¡Lo leo en las cartas!
BAS. ¡Dios mío!... ¿será cierto?
MEN. (Que abre la puerta y dice): ¿Se ha ido?
BAS. (Viéndole por el espejo.) ¡Ah!! (Mendez cierra la puerta de golpe.) ¡Mi marido!!!
CEL. ¿Vé usted? (Momento de duda.)
BAS. ¡Sí, era él!... ¡era él!!... pero... En este cuarto sin duda... (Se precipita dentro: en este momento se ve á Mendez por la ventana del foro, cuyo espacio recorre á gatas, desapareciendo de izquierda á derecha.)
CEL. ¡Qué lástima!... ¡Hemos perdido el pleito!! ¡Tan bien como iba!...
BAS. (Saliendo vacilante.) ¡Nadie... nadie!... ¡Dios mío! (Se apoya en el quicio de la puerta.)
CEL. ¡Ha huído por la ventana!
BAS. ¡Cómo se ha vengado usted de mi incredulidad!
CEL. Si yo hubiera sabido...
BAS. ¡Ha sido un golpe horrible!
CEL. ¿Pero se siente usted mal?
BAS. Ya no: un bahído... ¡La emoción! Perdone usted... no ha sido nada.
CEL. Vamos, siéntese usted, y después de tranquilizarse continuaremos.
BAS. No: siga usted, siga usted. Oiré cuanto me diga como la voz emanada del cielo.
CEL. ¡Una vez que usted se empeña!...
BAS. ¡El porvenir!... ¡el presente!... todo, todo lo quiero saber, cuésteme lo que me cueste. (Se sientan ambas, y doña Celestina empieza de nuevo á esparcir las cartas sobre la mesa, y las dos, muy

embebidas, gesticulan, haciendo Basilisa ademanes de sorpresa unas veces y de incomodidad otras, mirando con recelo al espejo y á la puerta de cuando en cuando.)

ESCENA VIII

DICHAS y MENDEZ, todo sucio y empolvado, sin sombrero, que sale del cuarto de don Trifino, mirando con temor

MEN. ¿Pero dónde habré ido á parar?... ¡Ah, sí; ya lo sé!... ¿Estará aún ahí dentro?... ¿Se habrá marchado?... ¡Pues si no encuentro abierta la ventana de esta buhardilla, me divierto como hay Dios! Y gracias que no había nadie. Ahora ¿qué hago? Mi sombrero rodó á la calle y á mí me ha faltado poco... Salir en este estado, imposible... ¡Si la encuentro al bajar... si sale estando aquí!... ¡A Roma por todo!! (Llama á la puerta de la derecha.) Mas comprometido que estoy...

CEL. Con buen corazón.

BAS. ¿A ver? ¡á ver por qué!

MEN. (Parece que hablan bajo.) (Escuchando.)

CEL. Un chasco ó una sorpresa.

BAS. ¿Dónde?

CEL. En esta casa.

MEN. (¡Pues no tarda poco!) (Vuelve á llamar.)

CEL. ¡Uy, lo que sale aquí!!!

INOC. (Dentro.) ¿Quién?

MEN. ¡Ella!... Abre; soy yo: Agustín... el de las botas de taf... ¡Calla!... ¿y las botas?... Por vida de...

INOC. ¡Voy!... voy á abrir.

MEN. Pues no me las he dejado... ¿Abres, niña?

INOC. ¡Sí!... si es que el cerrojo... (Se abre la puerta.)

MEN. ¡Gracias á Dios!... ¡Me salvé!..! (Entra y cierra. En este momento se abre la puerta del cuarto de don Trifino, y aparece por ella, también todo sucio y empolvado, Bienvenido, que denota gran espanto.)

ESCENA IX

BIENVENIDO y luego DON TRIFINO: BASILISA y DOÑA CELESTINA en el cuarto de ésta y en la misma actitud

BIENV. ¡Caracoles con el tío!... ¡Vaya una oportunidad!! Toda la tarde sin ver un triunfo ni ganar un juego, y ahora que iba á acusarle las cuarenta... Pues si no es por la ventana de esa buhardilla... ¡yo no he visto un juez como este!... ¡Mire usted que venir sin que le llamen!... ¡Y cómo me he puesto!! Tengo que decir á papá que mande limpiar el tejado... ¿Y cómo me presento de esta manera en mi casa?... ¡Si ahí dentro hubiese cepillo!... Veamos. (Entra de nuevo en el cuarto de don Trifino.)

BAS. ¿De modo que hay una rubia en danza?

CEL. Sí; pero él no le hace caso. Este cuatro dice que no.

BAS. No me fío yo mucho de los cuatros.

TRIF. ¡Rayos y centellas!... Ni un caballo de alquiler trota más que yo. ¡Traigo un humor, que ya, ya! (Entra en su cuarto.)

BAS. ¿De manera, que yo soy la sota de copas?

CEL. Precisamente.

BAS. ¿Y este caballo mi marido?

BIENV. (Á quien don Trifino saca de una oreja.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

TRIF. ¡So granuja!... ¡Salteador!

BIENV. ¡Suélteme usted!

TRIF. ¡Ratero! (Zárandeándole.)

BIENV. ¡Portera!... ¡Vecinos!

BAS. ¿Qué eso? (Levantándose.)

BIENV. ¡Socorro! (Logra desasirse.)

CEL. Veamos. (Abre la puerta, y Bienvenido se precipita dentro del cuarto y detrás don Trifino.)

BIENV. ¡Por Dios, señoras!

CEL. ¡Bienvenido!

BIENV. ¡Y mal hallado! ¡Ampárenme ustedes!

TRIF. ¡Como que te vas á escapar!

CEL. ¡Don Trifino! (Interponiéndose.)

TRIF. ¡Déjemele usted!

BAS. Pero, ¿qué ha hecho?

TRIF. ¡Robarme!

BIENV. ¡Si no había ni cepillo!

TRIF. Con la intención basta.

BIENV. Cualquiera se cepilla con la intención.

CEL. Aquí debe existir un error. Este joven es Bienvenido.

TRIF. El que ha venido bien y á tiempo, he sido yo.

BIENV. Pero, si yo soy el hijo de don Froilán, el dueño de esta casa.

TRIF. ¿Cómo?

CEL. Sí, señor.

TRIF. ¿Pero... entonces... es que su señor padre ha llevado á efecto la demanda de desahucio?

BIENV. No, señor: yo entré allí huyendo del juez.

BAS. Pues, ¿qué había usted hecho?

BIENV. Jugar con su sobrina.

BAS. ¡Vaya un motivo!

TRIF. ¡Es que ahora se persigue el juego de un modo!... ¡La otra noche, si no ando yo listo!...

CEL. Pero, bien; sepamos quién es la sobrina de ese juez.

BIENV. ¡Ella!... ¡Jé, jé!... ¡Inocencia!

CEL. ¿La planchadora?

BIENV. Sí: yo ya tenía el rey del triunfo, y al robar el caballo... ¡cataplún!... el tío. Ella se asustó un poco... yo me asusté más, y huyendo por la ventana, salí al tejado...

TRIF. ¡Ah, vamos!... ¿y por allí se zampó usted en mi habitación?

BIENV. Sí, señor: usted dispense si...

TRIF. Nada de eso, joven; siendo usted el hijo del casero, ya no hay más que hablar. Su causa de usted la hago mía.

BIENV. ¿Cómo?

TRIF. Voy á darle un recorrido á ese juez inoportuno.

BIENV. ¡Ay, caballero, no me comprometa usted!

BAS. ¡Señora, yo tengo miedo!

BIENV. ¡Y yo... y yo también!

CEL. No llegará la sangre al río. (Don Trifino va al cuarto de Inocencia, y llama.)

TRIF. ¡Abra usted, ó tiro la puerta abajo!

INO. (Sin abrir.) ¿Qué desea usted, vecino?

TRIF. Hablar al señor juez.

INO. Pues, al juzgado de guardia. (Cierra de golpe el ventanillo.)

TRIF. ¡Habrá descocada!

BIENV. ¿Ve usted?... Más vale dejarlo.

TRIF. ¡Cá!... ¡Si le debo á su papá de usted cuatro meses!... Señor juez: cuando se tiene una sobrina que plancha, y ha logrado interesar el corazón de un joven como Bienvenido, no se deben interrumpir sus pláticas amorosas. (Dando puñetazos en la puerta.) Y cuando un digno oficial que ha servido en el Centro nos pide explicaciones, no hay tío, ni juez que se niegue á darlas, porque entonces...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MÉNDEZ, que abre de improviso la puerta: Doña Celestina cierra la suya, y don Trifino y Bienvenido retroceden asustados

MEN. ¿Entonces, qué?

CEL. ¡María Santísima!

TRIF. (Reponiéndose.) ¡Gracias á Dios, que se le ve á usted la cara!

BIENV. (¡Ahora se pegan!)

CEL. ¡Esto sí que es peor!

MEN. Pasen ustedes y hablaremos. (Bajando la voz.)

BIENV. ¡Yo no!... ¡yo no!

TRIF. (Parece que se achica.)

MEN. Creo que nos hemos de entender.

BAS. ¡Esa voz!...

TRIF. ¡Hora y sitio!

BAS. (Abriendo el ventanillo.) ¡Agustín!

MEN. ¡Mi mujer!... ¡Tabló!

TRIF. ¿Su mujer?

BIENV. ¿Su mujer?

CEL. ¡Buena la hemos hecho! (Formando todos cuadro, menos Basilisa, que avanza lentamente hacia Méndez que está anonadado.)

BAS. ¿Son estas las truchas que me habías ofrecido?

MEN ¡Basilisa!..

BAS. ¿Qué planchadora es esa, de la cual te has erigido en tío protector?

CEL. ¡Señora!... (*Queriendo calmarla.*)

BAS. Nada de esto nos habían dicho las cartas. (*En son de reproche.*)

CEL. Sí.. una sorpresa... en esta casa... Vamos por partes. (*Interponiéndose.*)

MEN. Eso es, por partes. (*Da dinero á doña Celestina.*) Parte primera.

CEL. Su esposo de usted no está aquí por casualidad. ¿Verdad, don Trifino? (*Dándole dinero á éste.*)

TRIF. ¡Verdad!... (*Cogiendo el dinero.*) ¡Mucha verdad!

CEL. Su esposo de usted iba esta mañana á la estación á tomar el tren, cuando, casualmente, se encontró á su amiga de usted doña Prudencia...

BAS. ¿Tú has hablado con Prudencia?

BIENV. Sí, señora, bajaba mucho la voz.

TRIF. ¡Cállese usted!

CEL. Le refirió la proyectada visita á mi casa con objeto de que yo echara á usted las cartas...

MEN. Ya sabes tú lo parlanchina que es doña Prudencia.

TRIF. ¡Habla por los codos! (*Méndez da más dinero á doña Celestina, y al dárselo ésta á don Trifino, lo coge Bienvenido.*)

CEL. Don Agustín dudó al pronto...

MEN. Lo dudé... y lo hubiera dudado siempre, pero la realidad ha venido á demostrarme... (*Haciéndose el ofendido.*)

BAS. ¿Entonces... la visión del espejo...?

TRIF. ¡No hubo tal visión!

MEN. ¡Sí, sí fuí yo!

CEL. Eso es: la visión fué el señor.

BIENV. (¿Esta señora ve visiones?)

BAS. Pero, ¿y la planchadora?

TRIF. Buena, gracias.

BAS. Este joven huyó á tu llegada. ¿Por qué huyó este joven?

BIENV. Como ella me dijo:—Ahí está mi tío,—y como yo sabía que su tío era muy bruto...

TRIF. Ese era el otro. Este caballero es tío por parte de madre.

MEN. ¡Yo no soy tío por ninguna parte!

BAS. ¡Si fuera cierto!

MEN. ¿Puedes dudarlo?

TRIF. Afirmándolo todos nosotros...

CEL. Mire usted si las cartas decían bien: un camino corto...

MEN. El del tejado.

CEL. Una mala lengua...

TRIF. La del señor. (Por Bienvenido.)

CEL. Una mujer de buen color...

BIENV. La planchadora.

CEL. Y un hombre militar, ó de justicia...

TRIF. Yo.

CEL. Me parece que más claro...

BAS. Sin embargo; lo del regalo...

MEN. Vas á verlo. (Coge las botas que había dejado olvidadas sobre una silla.) Toma: ¿no tenías capricho por unas así?

BAS. Estoy convencida y te perdono.

MEN. ¿Volverás á desconfiar de tu maridito?

BAS. ¡Jamás!

MEN. (Á doña Celestina.) (No olvide usted prevenir á doña Prudencia.) (Á Basilisa.) ¿Conque, vamos?

BAS. Cuando quieras.

MEN. Señores, gracias por todo: ustedes dispensen, y... (Dirigiéndose al público.)

Ya veis si en el naipe hay ciencia:
ya veis si amo á mi mujer
sin duda, ni reticencia...
Es la gran cosa tener
tranquilidad de conciencia.

TELON

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.